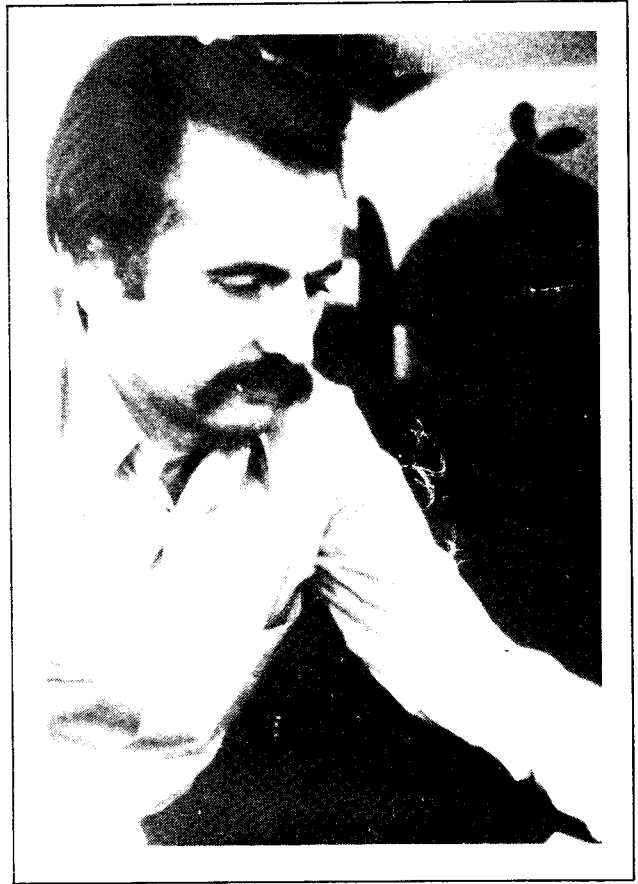


## MURIO EN SU LEY

*Regis Debray. Político francés. Autor de varios libros sobre política latinoamericana.*



“Murió en su ley” se dice en español lacónicamente para rendir homenaje a aquellos a quienes la muerte no los toma de sorpresa. Extraña ley para un reformista, un adepto del compromiso y del diálogo, gustador de la vida, además. Sus pares en política, sus predecesores en la derrota —Arbenz, Goulart, Torres y tantos otros— no nos habían habituado a este tipo de salida. Por lo tanto es necesario decir ahora que el hombre iba de verdad, que era auténtico. Mañana será necesario hablar de política y hacerlo exhaustivamente; por el momento lo que quiero es saludar al hombre que fue mi amigo. No es una cuestión de personas, dirán algunos. Sí, hoy sí lo es.

### *Fidel, el “Che”*

En él la voluntad vibraba más alto que las ideas. Salvador era principalmente un hombre de corazón, para quien todo lo que esta palabra implica —valor, rectitud, fidelidad,

Chile: los mil días de Allende. Colección fascículos del Camello No. 1 Caracas, 1973.

emoción—, contaba más que el resto. Un hombre que te hablaba de “tú” desde el primer momento y era necesario frenarse para no nivelarse con él. Todos admiraban en él al animal político, pero este era su doble, su papel, su imagen fatídica que lo hacía amargo por ratos. El tenía de sí mismo una imagen muy diferente y que guardaba en secreto, desarmante y desarmada. Movido por un sentimiento infantil, testarudo y terco de “lo que se hace” y de “lo que no se hace”, de lo noble y de lo vil, él se veía como caballero de la esperanza, como Robin de montañas.

El había soñado con algo más y no aceptaba el tener que renunciar a su sueño, los militares le arrancaron concesiones verbales en el curso de los últimos meses, pero los enfurecía cuando engavetaba los decretos que mantendrían al M.I.R. fuera de la ley. La ley dice que un reformista rehén del poder burgués, debe tarde o temprano hacer fuego contra el pueblo para hacerle el juego a la burguesía. El quería ser la excepción y lo fue. En 1972 cuando la policía tiró sobre los habitantes de una población y mató a un obrero, él llegó al barrio al día siguiente por la mañana, solo y sin guardia, para presentar sus excusas a los “pobladores” y para explicarse hombre a hombre con ellos.

Algún día será indudablemente necesario (aunque sus enemigos saquen ventaja de ello) decir todo lo que este hombre hizo para salirse del carril que conducía la revolución armada continental que, sin embargo, lo atraía fuertemente, aun cuando su espíritu la rechazaba. Como presidente del Senado se jugó varias veces su porvenir político por ayudar y algunas veces salvar materialmente a personas clandestinas, con dificultades dentro de su propio país. Personalmente recogió a los escapados de la guerrilla boliviana, quienes habían atravesado los Andes a pie, perseguidos por toda la policía continental y los condujo a la isla de Pascua. Para la gran prensa chilena estos hombres eran “bandidos” y “terroristas sin patria”.

Como presidente de la República arriesgaba su presente: no hay guerrillero latinoamericano que habiéndose dirigido a él no hubiese recibido los medios solicitados. Por ejemplo, y para limitarse a los hechos conocidos, él hubiera preferido cien veces más que la Argentina, de la cual dependía para solucionar necesidades vitales como el suministro de trigo y carne, le declarara la guerra, antes de devolver a la dictadura militar los refugiados de Trelew hace un año. Cosa de honor, de principio. El “Che” supo toda su vida que podía contar con él, a título personal, para cualquier cosa, incluso como portador de maletas, como en efecto lo fue.

Al salir de su oficina deseaba respirar un aire distinto. Tenía necesidad de contradecirse, repartirse entre sus objetivos políticos reales, y ciertos “ideales del yo” de los cuales no quería ni podía desprenderse. Una palabra de aliento de Fidel o una mirada de reproche de “Tati” su hija Beatriz (militante revolucionaria desde tiempo atrás comprometida en duras tareas y quien dirigía la secretaría de La Moneda), tenían para él mucha más importancia que una moción del congreso o una resolución de un comité central.

Yo vi por última vez a Salvador el Domingo 19 de Agosto. Me había invitado, antes de mi viaje a Cuba, a pasar el día con él en su casa de campo, con toda la familia y una media docena de amigos, entre los cuales siempre se encontraba el “perro”. Bello día de invierno entre los árboles, con fuego en la chimenea y vino rojo. Estaba, como todos los días, jovial, cálido, relajado. Siempre igual a pesar de la crisis. Hacia el fin de la mañana se lee y se comenta la prensa (ya no había otra manera de informarse) y Salvador descubre en ese momento que el “New York Times” traía el viernes un recuento bastante detallado de una crisis en el seno de la armada de aire, la cual en efecto se produjo el sábado...

Un honorable corresponsal del periodismo de la C.I.A. sabía, evidentemente, mucho antes que el presidente, las intenciones de los militares. Furioso, Allende exige que desde el lunes se identifique y localice al “periodista”. Pero el lunes se encontró con una serie de cosas nuevas que había que hacer; otro general que renuncia, otro golpe que desmantelar y el “periodista” impunemente continuará su trabajo. Después del incidente del periodista, Salvador de excelente humor, llama a algunos de entre nosotros para hablar en grupo alrededor de un camembert y nos cuenta sus entrevistas del día anterior con el general golpista. A quien para tratar de neutralizar había nombrado ministro de Transporte. Interroga, toma notas y madura un plan para el día siguiente.

Un poder político sin ningún aparato de coerción física, no es más que un poder sobre el papel; para arrestar a un terrorista de Patria y Libertad, para requisar un camión, era

necesario “Un destacamento especial de hombres armados”, como dice Engels, es decir un aparato de Estado. Este no obedecía desde hacía ya varios meses y se deslizaba hacia la insubordinación declarada. ¿Cómo pedir a un aparato de Estado creado y dirigido por la burguesía que reprima a miembros de la clase que le ha dado origen y legitimidad? Allende veía desaparecer todos los medios de gobernar, consolándose en su soledad con puñetazos sobre la mesa con monumentales regaños a los generales a quienes hacía pasar uno tras otro por su despacho. Cualquier otro que no fuese él hubiese caído hacía mucho tiempo. El era el último de la pollada y mantenía en pie un poder que no existía, mostrando un aplomo, una fuerza que no poseía. Pero él era rey, estaba desnudo, esto tenía necesariamente que terminar por saberse.

### *“Tu halagas mi vicio”*

Enervación fúnebre o entercamiento sarcástico. Allende se aferraba con flema de jugador de ajedrez, a esas maniobras tácticas que cada día tenía que rehacer. Yo no me atreví y nadie lo hizo a preguntarle ¿Para qué? ¿Cuál es la estrategia de todo esto?. Eso hubiera sido de mala ley. Todos sabíamos que se trataba simplemente de ganar tiempo para organizarse, para armarse, para coordinar los aparatos militares de los partidos de la Unidad Popular. Carrera contra reloj que era necesario seguir semana tras semana.

Después del almuerzo de aquel domingo nos acostamos tranquilamente a dormir la siesta y jugamos una partida de billar con abundantes palmadas en la espalda y algunos chistes. A las siete de la noche Allende se fue a Santiago donde lo esperaba un consejo de ministros. “Adiós. Saludos a los amigos. Marcho a Argelia dentro de 10 días”. El deseaba ir costara lo que costara. Nada alteraría su calendario, ni siquiera el hecho de haber desbaratado el golpe del sábado y de tener que enfrentarse al del lunes.

El no se engañaba con la fraseología del “poder popular” y no quería cargar con la responsabilidad de millares de muertos inútiles: la sangre de otros le causaba horror. Por esto se hacía el sordo ante su pardito socialista que lo acusaba de andar con rodeos y lo empujaba a pasar a la ofensiva. “La mejor manera de precipitar el enfrentamiento y volverlo, inclusive sangriento, — me decía al día siguiente Altamirano, exasperado por las maniobras de Allende—, es dejarlo solo”.

“¿Desarmar a los complotistas? ¿Cómo? respondía Allende. Denme primero las fuerzas para hacerlo”. “Movilízaos” le decían de todas partes. Era verdad que allá arriba en las superestructuras, él patinaba, dejando al pueblo sin orientación ideológica ni dirección política “solamente la acción directa de las masas parará el golpe de Estado. ¿Cuánta masa es necesaria para detener un tanque? preguntaba Allende.

Segunda referencia para Allende: no decaer ante la historia, no degradar la imagen que él se hacía de sí mismo y que deseaba dejar después de su muerte. En definitiva, no ceder, ante el chantaje militar, no ceder en los puntos esenciales del programa. Pero para mantener el honor era necesario arriesgarse a la guerra y para evitar la guerra, era necesario el deshonor. Allende se negó a escoger, creía todavía, o aparentaba que creía, que sus dos deseos fundamentales no eran contradictorios.



Los jefes de estado no tienen amigos. Otra admirable inconsecuencia, Allende tenía amigos y un sentido del afecto inexplicable y más poderoso que cualquier divergencia política. Era fácil llegar a ser su íntimo y en este caso sus relaciones eran de carácter tormentoso, exigente, pleno de resquemores y de pequeños pleitos rencorosos, inevitablemente seguidos de grandes reconciliaciones. Este hombre que en público se cuidaba mucho de las apariencias y era celoso de sus prerrogativas, tenía la religión de la franqueza y del calor de otros hombres. La libertad de expresión era total en su presencia.

La pasión del honor. La lealtad. La nobleza. La integridad. A esto se le llama "hombría". Intraductible. Salvador Allende era "un caballero" Como se dice en francés. En francés algo así como un Grand Monsieur. Valores en desuso, un poco ridículos, de otra época, quizás. Pero que fueron pagados de contado. Era necesario que este gran señor llegara al final de su tiempo y de su papel para abrir el paso a los tiempos modernos y crudos de la revolución que tendrá que hacerse de ahora en adelante con dolor y con sangre. He aquí la hora de los hornos. Esta será larga.